

EXPOSICIONES:

Gumersindo Tapia en el Museo de la Ciudad

¡ JOSÉ LUIS MEZA INDA

Un expositor como Gumersindo Tapia, que demuestra tanta seguridad en su trazo, que es capaz de representar las formas o figuras con tanta nitidez y precisión, tal y como lo documentan sus dibujos al lápiz y al carboncillo; un expositor que maneja con tanta libertad y solvencia los colores, desde los tonos más violentamente contrastados, hasta una amplia variedad de sutiles armonías; un expositor que demuestra su dominio sobre variadas técnicas pictóricas, al óleo, con pincel y espátula; al acrílico, al guache, al crayón, todo ellas aplicadas con pulcritud y certidumbre; un expositor capaz de integrar a tantos elementos compositivos en sus cuadros, donde demostrando un decidido y abigarrado horror al vacío, logra con todos ellos un armónico equilibrio estructural; un expositor, en fin, que da fe de una vigorosa vena imaginativa, de ninguna manera lo podría yo llamar “naif” o ingenuo, pues su obra nada tiene que ver con la rusticidad o torpeza propia de éstos, ni tampoco puede decirse que sea de una espontaneidad absoluta, ni poseer esa peculiar “originalidad” derivada de la incompetencia.

Quizás sea cierto que Tapia no haya cursado estudios académicos formales, pero de que es dueño de envidiables dotes naturales para la expresión plástica, eso nadie lo puede poner en duda, y de que además sabe aplicarlas con sagacidad, con buen gusto, con sentido decorativo y con la intencionada malicia para colocar su obra dentro de las corrientes de un exitoso mercado, al cual el quehacer pictórico - y de este tipo pseudoingenuo en particular - no puede sustraerse; también es irrefutable.

Lo antedicho puede colegirse observando detenidamente su exposición retrospectiva integrada por una treintena de lienzos, tablas y papeles que se encuentran instala-



dos en las salas de exposiciones temporales del Museo de la Ciudad de Guadalajara, (Independencia 684) y que han sido puestas ahí, a la consideración del público tapatío, gracias al Ayuntamiento local, al Museo Claudio Jiménez Estrada, a la Galería Martha Jiménez, entusiastas promotores del pintor y de su obra; así como a la gentileza de sus coleccionistas particulares.

Lo substancial de esta muestra son sin duda los atrayentes paisajes campestres y pueblerinos, sus escenarios descriptivos, anecdóticos o costumbristas, coloreados a veces de manera realista, a veces de manera arbitraria; trazados con una línea de horizonte muy elevada y desarrollados a profundidad en múltiples planos saturados de

elementos naturales; árboles, arbustos, prados florecidos, campos cultivados, aguas corrientes o represadas, lomeríos; así como también, caseríos, chozas, presencias humanas y de diversos animales; todo ello impregnado de luminosidad, de una frescura entre edénica y bucólica, que trae la impronta de aquel viejo y amable pintoresquismo de resonancias nacionalistas emparentadas con las corrientes de la pintura popular de principios del siglo pasado, muy similares. como en este caso, a las cultivadas por maestros del género, como por ejemplo, don Ezequiel Negrete y otros entusiastas seguidores de las Escuelas al Aire Libre, fundadas por don Alfredo Ramos Martínez.

Mas dejando de lado cualquier clasificación y etiqueta, cabe subrayar que la exposición de este pintor morelense, es una verdadera fiesta para los sentidos y una explosiva metáfora sobre la alegría de vivir; y además como digo, deja a mi parecer, la certidumbre de su talento, de su gusto por la tradición, de su apego al terruño, de una intuición natural para el arte ornamental y su movilidad mercantil, que combinado con un manejo experimentado de medios y materiales, da como resultado, insisto, cuadros plenos de materia cromática y de un muy aceptado lucimiento pero poco tienen que ver con la ingenuidad.